

PALABRAS

LOS SIGNOS DE LA VIOLENCIA

De Edison Otero

La violencia debería plantear un problema sin descanso al pensamiento. Por de pronto, la frecuente desaparición violenta del pensador. Pensamiento y violencia parecen estar ubicados en las antípodas. Normalmente se considera que la razón es el disolvente de la violencia. Viceversa, toda violencia es irracional. Según la doctrina clásica el hombre tiende espontáneamente hacia el Bien. Cuando comete atrocidades entendemos que "ha sucumbido a sus pasiones" e que sus desvíos son una manifestación de anormalidad. El violento cae en el ámbito de lo patológico y todo sigue sucediendo para bien en el mejor de los mundos posibles, explicado cada vez por el Pangloss de turno.

El profesor Edison Otero ha reflexionado sobre la violencia y sentido la necesidad de salir al paso a estos equívocos insostenibles. Trazando un hilo conductor con las experiencias e ideas de autores marginales a la filosofía oficial, ha llamado la atención sobre hechos contradictorios con las nociones recibidas. La violencia no pertenece tanto al mundo de los sociales como a sociedades organizadas. En ninguna parte la violencia alcanza magnitudes comparables a las que exhibe en la arena política, campo de batalla por la administración de las sociedades o enfrentamiento bélico entre naciones organizadas. Y en este sentido vale la pena subrayar en qué medida las ideologías han prestado y prestan una asistencia justificatoria a la violencia.

Edison Otero había publicado ya un trabajo sobre el mismo tema en edición conjunta con Jorge Millas (*La vio-*

lencia y sus máscaras, Aconcagua, 1978). Ambos retomaban sus reflexiones con cierta toma de posición de tipo práctico. El intelectual no puede seguir dando el espectáculo vergonzoso de un legalizador de ejecuciones y masacres. Su actitud más propia consiste en apartarse del escenario de las degollinas y quitar al brazo del verdugo el asentimiento de la filosofía. La tarea del pensamiento no es justificar la violencia ni proporcionar razones para su ejercicio.

Esta actitud ético-intelectual ha irrumpido como una dominante en el pensamiento de los últimos años. Las obras de Michel Foucault y André Glucksmann, el conjunto de los "nuevos filósofos", y la revaloración de Albert Camus, augura de este nuevo clima filosófico, ha reemplazado a los "compromisos" sartrreanos y las "sistemizaciones" althusserianas donde era posible cerrar los ojos frente a las barbaries cometidas por el propio bando. Otero, bogando por las mismas aguas, aunque proviniendo de afluentes muy diversos, dedica el último estudio de su libro a Albert Camus. En la actitud camusiana ve Otero una posibilidad de rectificación a los males de la violencia.

¿Pero en qué consiste esta violencia misma? Desde luego, existe una agresividad como pulsión básica que se comparte con el animal; sin embargo, una consideración limitada al plano de la ecología se queda corta de alcances. La gran violencia idealizada de las guerras y la violencia profiláctica de las políticas de limpieza social no consiguen explicarse como una prolongación de



agresividad instintiva. La violencia, tal como se manifiesta en la historia, es un fenómeno humano específico y sus motivaciones son de "índole social y no biológica".

Otero se define en los experimentos con la tortura, sistematizados por Stanley Milgram. De acuerdo con ellos, Milgram pudo fijar que la violencia se da como obediencia dentro de estructuras jerárquicas. Quien ejecuta, no decide. Su pasividad como receptor de órdenes le permite ejercer una violencia funcional y fría. A su vez, quien decide, no ejecuta. Su decisión se diluye en un conjunto de estrategias y fines. Al último, la violencia parece surgir de la estructura misma, impersonal e inocente.

Otero se apoya en Arthur Koestler, quien complementa

las perspectivas de Stanley Milgram. Koestler señaló que la violencia supone obediencia, pero también adhesión a los valores de quien manda. En este punto entra una segunda distinción. La violencia histórica, que no es prolongación de un instinto natural, tampoco es consecuencia de una autoafirmación egoísta o de disputas territoriales. La violencia supone desprendimiento y entrega, abandono del yo, fervor por la causa, un fin superior, idealismo. Hay mucho menos violencia por apetitos egoístas que por entrega desinteresada en pro de un objetivo trascendente. La estructura jerárquica donde hay obediencia y adhesión se mantiene y funciona en virtud de valores y principios. La adhesión a estos principios re-

AUTORÍA

Gelcic, Ricardo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1979

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Los signos de la violencia [artículo] Ricardo Gelcic.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile